

Prosa religiosa de Gabriela Mistral

Editorial

Andrés Bello

Toda gran poesía es siempre, propiamente o no, ségalo o lo ignore — una emanación religiosa. Desde luego, la poesía es un acto de fe en las cosas, puesto que las canta y las ensalza, y otro acto de esperanza, pues se vuelve hacia ellas con profunda certeza de que existen y deque enriquecen el espíritu, sobre el cual derraman su concreción y su belleza.

La aserción del salmista de que las cosas "cantan la gloria de Dios" es, por eso, profundamente cierta, y de la armonía de la palabra, del entretejimiento de las metáforas, de la correlación que el verbo establece entre las cosas, señalando su íntima hermandad, su pertenencia a un cosmos del que son como las letras de una misma frase, brota esa forma de alabanza que es el poema.

Esta es la impresión que deja en el ánimo la lectura de la "Prosa religiosa de Gabriela Mistral", que con tanto amor como aguda entente de su importancia fue recogida devotamente por Luis Vargas-Suarez.

Gabriela nació y vivió en su Elqui lejano y como encerrada en su propia quietud. No recibió una formación religiosa firme y sistemática, pero sí tuvo la suerte de pertenecer a un hogar cristiano y, sobre todo, de contar con una abuela que leía diariamente la Biblia y habituó a la niña, que presentía en ella a una gran maestra, a la lectura del maravilloso libro.

"Yo no sé por qué razón", confía en una página que titula "Mi contacto con la Biblia", a la altura de esos años de 1888, una vieja católica, de catolicismo provincial, podía ser una chilena con Biblia, y no sólo con Biblia leída, sino con texto sacro oral, aprendido de memoria en largas languisimas. La frecuentación de la lectura religiosa, que era en ella cotidiana, como el comer, había construido en esa vieja de 70 años, a la vez fuerte e inválida, de rostro tosco y delicado a un tiempo, chilena en los huesos y medio nórdica en la alta estatura, en color rojo y en ojos claros, la pasión de leer textos bíblicos, había dado a esa abuela profundidad en el vivir y un fervor de carnos ardiente en el arsenal de una raza nueva.

De este lote de virtudes expresiones de la Biblia, parecían las que más me huban atraído sean la intensidad y cierto despojo que no sólo aparta el adorno, sino que va en desmedido puro. Heredera del español de América, es decir, de una lengua un poco adipsa, la Biblia me prestó su condición de dardo verbal, su urgente canal de vena caliente. Ella me enseñó para toda la vida de la elegancia vana y viciosa en la escritura y me puso de brazos a beber sobre el manadero de la palabra viva, y oíría que me echó sobre un tema a aspirarle pecho a pecho el resaca vivo.

De allí mana la severidad, la solemne y majestuosa poesía de Gabriela, así como esta prosa que tiene algo



María Grande, el pueblo natal de la ilustre maestra

de aliento profético y de cumbre diagnóstica. Porque la religiosidad que le dicta estas páginas, es en ella una adivinación de que consiste en "la sabiduría que ha hecho en la mente la idea del alma", pues mientras la materia está allí delante nuestra, extendida en la naturaleza con todo su esplendor, aquella busca en esa naturaleza "su sentido oculto para acabar llamándola al escenario maravilloso trazado por Dios para que en el trabajo nuestra alma".

Por la debilidad de su formación y el ansia espiritual, algún día se asomó a la teología, para volver desilusionada y desencantada de su vocación. Las páginas en que describe a Krishnamurti, la lucha de Anne Besant por presentarlo como fundador de una religión, son despectivamente caricaturescas.

Los poemas del "místico" respiran "un optimismo leguminosamente bíblico" y tienen "una sentimentalidad de vulgar cretina estampada". Por último, Krishnamurti abandonó su "misticismo" y se disolvió como un northeastern más en la masa estadounidense.

En cambio, los retratos y perfiles que consagra a Vicente de Paul, a Sor Juana Inés de la Cruz, al Cura de Ars, a Teresita de Lisieux, y al príncipe Santo Tomás, el de la daga, son de una belleza sólo comparable a los "Motivos de San Francisco". No se sabe qué admirar más, si la línea del dibujo, la pe-

netración del personaje, la identificación de su misión, o la riqueza del idioma, del cual van saliendo, como de un surtidor musical, severo y erecto, las reflexiones más puras y el lenguaje más delgado y vertical.

Sor Juana, la poeta de México, es una intelectual, una temible erudita, lingüista, políglota, amante de la ciencia, bachiller en sabiduría humana, hasta que un día abre los ojos ante tanta vanidad mental. Entonces busca la humildad, quiere hacer las labores más ingratas del convento, como lavar platos, curar enfermedades contagiosas y curar el duro silencio. Entonces deja los libros y en sus largas contras la sucia peste. De ella muere, sin una queja. "Milagrosa la niña", dice Gabriela — que pagaba al pie de los volcanes en las huertas de Neplanta, casi fabulosa la joven aguda de la corte virreinal; admirable la monja docta, pero grande, por sobre todas, la monja que, liberada de la vanidad intelectual, ablanda fama y letitias, y sobre la cura de los pestes recoge el soplo de la muerte y muere vuelta a su Cristo como a la suma belleza y la apocigadora Verdad.

La estampa de Vicente de Paul coincide así: "A pesar de los hediondos jacobinismos, facismos y bolchevismos de 1928, bien vivo está Moser Vicente, cuyo nombre de tres sílabas, salta siempre en la sala de oruga de la mujer, que han abierto como un árbol y que nunca llamará Padre a Lenin, ni

a Buisson (que quisiera implantar la enseñanza antirreligiosa) ni al pedante Estado laico". La silbata del Cura de Ars, simple, santa, transparente, le arranca páginas semejantes, sólo comparables a las que le inspiran la infantil y adorable Teresita de Lisieux. Pero son "Los Motivos de San Francisco" sus páginas rumberas. "Tú, Francisco, le dice en "La Alondra", querías que tuvieramos el vuelo vertical, sin el zigzag hacia las cosas donde nos poníamos corriendo. Somos pesados, Francisco. Atravesamos nuestro sarcástico. Nuestra consueña. Nos empesamos en la alabanza como se empinan las hierbas, la más alta llega, sólo hasta los pies altos. Sólo así morimos temerosos aquel vuelo, ya que el cuerpo no se apaga nunca más a nosotros como tierra pesada de surcos".

Por eso cabría resumir este libro, haciendo nuestra la frase sobre "El sentido religioso de la vida": "Estoy alegre, dice el hombre de fe, porque trabajo en este altar de Dios que es el mundo. El quiere mirar verdes las tierras de labor y me empapa hacia los surcos en los que quedo hasta que se vacíen y se rellenen. Estoy alegre de servirle y canto en el extremo de la pobreza, como canta el pájaro en la punta temblorosa de su rama. La voluntad de este mi Señor es a veces mi sonrisa y otras veces mi lágrima que llanto".

Fernando Durán V.

Prosa religiosa de Gabriela Mistral. [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Prosa religiosa de Gabriela Mistral. [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile